

## De los economistas comprometidos

*La guía espiritual de la humanidad pertenece al pequeño número de hombres que piensan por sí mismos, quienes primero ejercen su acción sobre el círculo capaz de recibir y comprender el pensamiento elaborado por otros; por este camino las ideas se extienden a las masas, donde se condensan poco a poco para formar la opinión pública de la época.*

Ludwig von Mises, *Socialismo* (1922)

En *Pensadores temerarios*, libro que se ocupa de quienes reflexionaron sin despreciar la política, Mark Lilla parte con una observación válida: el teorema del gran Euclides no es afectado por la forma en que trataría éste a sus sirvientes.<sup>1</sup> Pudo ser un auténtico patán, impartiendo deberes con látigos de por medio, alimentando su condición superior sin ningún límite. Podía haber ocurrido también lo contrario, vale decir, comportarse de tal suerte que superase al mismo Robert Owen, célebre por la generosidad con sus trabajadores. En cualquier caso, habría una evidente distancia, cuando no desconexión, entre sus planteamientos de naturaleza teórica y aquellos que se relacionan

---

<sup>1</sup>Mark Lilla, *Pensadores temerarios: Los intelectuales en la política* (Barcelona: Debate, 2004 [2001]), p. 22.

Enrique Fernández García es profesor de la Universidad Privada de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia), fundador del Colegio Abierto de Filosofía y director de su revista, *Percontari*. Una versión inicial de este ensayo apareció en el libro *En busca de la razón económica* (Santa Cruz de la Sierra: ICEES, 2019).

con la práctica, incluyendo los vínculos sociales. Con todo, aun los ejercicios de un geómetra no pueden ser explicados, a cabalidad, sin las circunstancias en que vivió quien se esforzó por concebirlos. Me refiero a condiciones de su tiempo, espacio, pero asimismo al afecto sentido hacia otros y, obviamente, las particularidades que tenía la sociedad en donde se encontraba. No es lo mismo meditar en la comodidad del hogar que, pongamos por caso, hacerlo mientras nos rodean paredes y barrotes carcelarios.

Si bien la figura del intelectual se asocia, en primer lugar, con las palabras,<sup>2</sup>

---

<sup>2</sup>En un texto del año 1986, «¿Por qué se oponen los intelectuales al liberalismo?», cuando cuestiona a quienes recurren al pensamiento para reivindicar postulados de izquierda, Nozick define a los intelectuales como *hacedores de palabras*. Naturalmente, lo fundamental no es usar, así sea de forma ingeniosa, los diferentes vocablos que componen un idioma, sino emplearlos para expresar ideas, las cuales procuran influir en el prójimo. Pero se pretende algo más, criticado por ese libertario autor. Ocurre que ellos «esperan ser las personas mayormente valoradas en una sociedad, aquellos con el mayor prestigio y poder, aquellos con las mayores recompensas» (en Andrés Roemer, ed., *Felicidad: Un enfoque de derecho y economía* [México: Universidad Nacional Autónoma de México, 2005], p. 237). Por desgracia, cuando esto no pasa, los ataques del intelectual pueden ser del todo feroces. Es lo que explicaría varios de los embates contra el capitalismo. Se alude, por ende, a un fenómeno en el que con-

---

destacándose al escritor como ejemplo paradigmático al respecto,<sup>3</sup> nada impide a quien no trabaja fundamentalmente con letras, sino empleando números, desempeñar esa función. Se puede buscar un lenguaje perfecto a través de la lógica, como, entre otros, lo pretendieron Leibniz y, en cierto modo, Frege, por citar dos ejemplos<sup>4</sup>; sin embargo, esto no significa olvidarnos del mundo externo, peor aún de sus problemas sociales. No es sólo un tema de gustos personales; en ocasiones, la tarea puede ser impuesta casi contra nuestra voluntad. El aislamiento no garantiza tranquilidad ni tampoco librarse de las vicisitudes que afectan al semejante. En algún momento, aunque nos parezca inverosímil, el mayor silencio de nuestros despachos podría ser dinamitado por causas que, *a priori*, nos resultaban del todo irrelevantes. Así, emergerá la urgencia de reflexionar sobre una realidad que

---

fluyen el gran amor propio con una frustración debida a la intrascendencia social.

<sup>3</sup>Es válido pensar también en el filósofo. De hecho, el primer gran ejemplo de intelectual se da con Voltaire, en el siglo XVIII, cuya literatura estaba marcada por reflexiones del todo provechosas. Tendremos luego al notable Albert Camus y, más aún, Jean-Paul Sartre, quienes, además de ser distinguidos con el Nobel de Literatura, fueron filósofos, convirtiéndose en hombres de peso, apreciándose sus opiniones políticas. Como muestra de tales escritos, en el caso de Sartre, puede leerse *¿Qué es la literatura?* (Buenos Aires: Losada, 1962 [1948]); respecto a Camus, *Moral y política* (Buenos Aires: Losada, 1978 [1950]). En esas páginas, puede percibirse, sin complicaciones ni vaguedades, su compromiso de carácter intelectual. No estábamos, pues, ante personas que pudiesen contemplar la injusticia con indiferencia.

<sup>4</sup>Para una mejor ilustración de tal cometido, puede leerse una meritoria obra de Umberto Eco, *La búsqueda de la lengua perfecta* (Barcelona: Crítica, 1999).

ya es insatisfactoria, hasta peligrosa, cuando no indignante.<sup>5</sup> Siguiendo esta línea, hasta sintiendo gran apego por guarismos, algoritmos y fórmulas de diversa naturaleza, podríamos levantar la mirada, ejercitar el cerebro e idear cómo cesar con alguna injusticia. Es más, para varios individuos, las acciones en el terreno de la política se considerarán forzosas, vitales.<sup>6</sup> De modo que, aunque fuese una encarnación del purismo, un científico podría respaldar cambios radicales en su sociedad. No sería un hecho inaudito. Freeman Dyson lo apunta muy bien cuando nos recuerda: «La ciencia como actividad subversiva tiene una larga historia. Existe una concurrida lista de científicos que estuvieron en la cárcel y otra en

---

<sup>5</sup>Cedo a la tentación de recordar la exquisita descripción que hace Bernardo Ezequiel Korembli del instante en que irrumpe esa inquietud: «Un día, el intelectual –escritor, sociólogo, economista, experto en finanzas, poeta o historiador– levanta la vista del capítulo que está escribiendo o del libro que lee y piensa en los problemas que aquejan a su país. Si el gobierno es malo, hay muchos problemas que resolver, y si es bueno, patriótico y capacitado, también los habrá» (*La torre de marfil y la política* [Buenos Aires: Fides, 1952], p. 24).

<sup>6</sup>Obviamente, se puede ser economista sin prestar atención a temas políticos. Nada condena a ocuparse de asuntos que no conciernen a su disciplina. Su compromiso no es determinado por lo académico, sino debido a móviles éticos e ideológicos. Respecto a esa separación de áreas, es oportuno recordar al maestro Ludwig von Mises: «Cabe, en este sentido, afirmar que la ciencia económica es apolítica o no política, si bien constituye la base de partida de la política en general y de cualquier efectiva actuación pública. La economía se abstiene de efectuar juicios de valor, por referirse invariablemente a los medios, nunca a los fines últimos perseguidos» (*La acción humana: Tratado de economía* [Madrid: Unión Editorial, 1980], p. 1274.)

---

la que figuran aquellos que contribuyeron a sacarlos de la misma y con ello a salvarles la vida».<sup>7</sup>

Confundir academia con encastillamiento es algo que puede pasar, sin lugar a dudas, pero no resulta necesariamente ideal. No discuto que trabajar con gran rigor, teorizando sin tener presente cualquiera de las preocupaciones cotidianas, sea importante. Se podrían identificar varios aportes a la humanidad que fueron posibles por contar con catedráticos tan dedicados cuanto ensimismados en sus investigaciones. Es que, docentes y todo, sus contribuciones tienen que ver, en mayor o menor grado, con nuestra vida, así sea para incrementar los conocimientos. Perseguir que tales quehaceres sean útiles puede ser, con certeza, uno de los móviles para su realización. Por supuesto, muchos economistas pueden ser incluidos entre quienes han obrado bajo ese impulso. Pienso en uno de los dos acreedores al primer Nobel de Economía, Ragnar Anton Kittel Frisch, quien escribió con una conmovedora claridad: «Entender no es suficiente, también hay que tener compasión. No me siento feliz a menos que crea que al final los resultados de nuestros esfuerzos pueden de alguna manera ser utilizados para la mejora del bienestar del hombre común».<sup>8</sup> No se trata de buscar la construcción del mundo perfecto, ya que, por desgracia, esto suele conducirnos al más indeseable panorama, uno en el cual las libertades queden suprimidas, así como también el hombre, degradado, envilecido. La pretensión puede ser más modesta, buscando, por ejemplo, aquello que, en un magnífico libro, Avisai Mar-

---

<sup>7</sup>Freeman Dyson, *El científico rebelde* (México: Debate, 2018 [2006]), p. 26.

<sup>8</sup>Cita hecha por Juan Carlos de Pablo en su libro *Nobelnomics* (Buenos Aires: Sudamericana, 2018), p. 83.

galit tuvo el acierto de realzar: *La sociedad decente*.<sup>9</sup>

Un ejemplo de cómo relacionar academia económica con realidad social, procurando resolver sus problemas, se nos ofrece gracias a Jean Tirole.<sup>10</sup> Nobel en 2014, ha dirigido el Instituto de la Economía Industrial, una organización que trabaja sobre la base de problemas que afectan a ciudadanos de Francia y Europa. La idea central que orienta sus inquietudes ha sido expuesta en un generoso volumen, *La economía del bien común*, cuyas páginas son tan claras cuanto provechosas, aunque no exentas de controversia. Para este autor, por ejemplo, el papel de la economía tiene que ver con documentar desigualdades, comprenderlas y sugerir políticas eficaces para su respectivo enfrentamiento. Subrayo que tiene un repertorio de temas merced a los cuales se nota su interés en asuntos despreciados por otros académicos. Resalto

---

<sup>9</sup>Comentando su espléndido contenido, el filósofo Armando Massarenti anota que Margalit «sostiene que una sociedad, antes que “justa”, como la concibe John Rawls, debe ser “decente”, es decir, debe evitar humillar a sus propios miembros» (*Instrucciones sobre cómo tomarse las cosas: Píldoras de filosofía mínima* (Madrid: Paidós, 2010, p. 140).

<sup>10</sup>No todos están de acuerdo con el rol intelectual que, en nuestros días, desempeñaría un economista. En una espléndida obra, Alain Minc observa: «En un mundo dominado por el mercado, el poder habría debido pasar a manos de los economistas, y estos habrían podido jugar a los intelectuales, a semejanza de los filósofos de otros tiempos. Pero la conclusión es clarísima: no existe ya ninguna figura dominante en la esfera económica y los más notorios evitan embarcarse en grandes causas. Joseph Stiglitz no es Keynes, pero sobre todo evita mezclarse con desafíos morales, políticos o estratégicos» (*Una historia política de los intelectuales* [Barcelona: Duomo, 2012], pp. 419-420).

---

que trabaja bajo un convencimiento revelador del compromiso aquí tratado: «Por apasionante que sea la vida de los economistas universitarios, deben ser útiles, como colectivo, a la sociedad».<sup>11</sup>

Naturalmente, un concepto central cuando se habla de compromiso con la sociedad, por parte del académico, gira en torno a la justicia. Respecto a este gran tema, no se puede sino resaltar la figura de Amartya Kumar Sen, quien fue galardonado con el Nobel en 1998. Siendo filósofo, además de economista, ha tocado esa cuestión con singular maestría reflexiva. Es lo que se nota en uno de sus trabajos más significativos, desde mi perspectiva: *La idea de la justicia*. En esta obra, cuyas páginas dejan advertir su formación de carácter filosófico, pasa revista, aunque con ánimo crítico, a varias reflexiones que se lanzaron al respecto. Brinda muy especial atención a lo hecho por John Rawls, sin cuya *Teoría de la justicia* no se entenderían numerosos debates contemporáneos en el campo de la filosofía política.<sup>12</sup> Más allá de la comparación que realiza entre las distintas

visiones culturales sobre lo justo, destacando coincidencias, así como también desemejanzas, importa su apuesta por una postura moderada. Es que, para este pensador, no debe movernos el fin de la injusticia, como si esto fuera posible, sino, por el contrario, hacer lo necesario para lidiar con determinadas injusticias, aun cotidianas, pero reconociendo la imposibilidad de una victoria definitiva. ¿Por qué pensar en acabar, de una vez y para siempre, con la corrupción o, entre otros males, la pobreza? Lo sensato sería esforzarse por avances paulatinos, rechazando propuestas que no buscan sino alentar ilusiones, engañar al semejante, fomentar derroches.

El compromiso puede tener tono combativo. Un ejemplo descollante al respecto es el de Friedrich August von Hayek, quien fue galardonado en 1974, un año después del deceso de su maestro, Ludwig von Mises. Pasa que sus críticas en contra del colectivismo, en donde subrayaba coincidencias entre fascismo y socialismo, se plasmaron en un volumen indiscutiblemente provechoso: *Camino de servidumbre*, de 1944. No había solamente cuestionamientos a los razonamientos que llevan el signo de Marx. Su pretensión no se limitaba, pues, a contradecir esos postulados. Lo que procuraba era advertir a sus conciudadanos sobre los peligros de seguir ese camino. La predilección por ideas socialistas serviría, conforme a su entendimiento, para dirigirlos hacia el derrotero que habían sufrido alemanes e italianos con sus regímenes fascistas, al igual que los rusos, en especial, durante los años estalinianos. Es verdad que dicho libro no se relaciona, en absoluto, con ninguna rigurosidad científico-económica. De hecho, este distanciamiento disciplinario le granjeó varias críticas. Acoto que la enorme notoriedad del libro le llegó a resultar molesta; había, pues, desde su perspectiva, otros criterios para sentir-

---

<sup>11</sup>Jean Tirole, *La economía del bien común* (Barcelona: Taurus, 2017 [2016], p. 21).

<sup>12</sup>Como es sabido, la refutación de mayor nombradía pertenece a Robert Nozick, titulóndose *Anarquía, Estado y utopía* (México: Fondo de Cultura Económica, 2012 [1974]), aunque varios de los postulados que contiene fueron después desestimados por su autor. Allí, en una de sus líneas más antitéticas de Rawls, ese lúcido filósofo señala: «Usar a uno de estos individuos en beneficio de otros es usarlo a él y beneficiar a otros. Lo que ocurre es algo que se le hace a él por el bien de otros. Hablar de un bien social superior encubre esta situación (¿intencionalmente?). Usar a una persona en esta forma no respeta, ni toma en cuenta suficientemente, el hecho de que es una persona separada, que ésta es la única vida que tiene» (pp. 44-45).

---

se orgulloso o, al menos, mucho más complacido. Sin embargo, tal como lo precisa en 1976, es un libro que fue concebido para evitar graves peligros.<sup>13</sup> Cabe apuntar que, en su caso, no se limitó a la crítica, incluyendo esas predicciones de orden totalitario. Pocas propuestas teóricas son tan provechosas para entender las líneas centrales de la sociedad como *Los fundamentos de la libertad*, magnífico volumen de 1960.

Desde luego, el economista como intelectual tiene una participación pública. De esta forma, recurriendo a los medios, acomete influir en el prójimo. Con este fin, puede usar un tono profesoral, intentando ser lo más objetivo posible al formular sus ideas, o, por lo contrario, defender enfáticamente su doctrina. En este último caso, no se puede sino recordar a Milton Friedman, ganador del premio el año 1976. La exitosa serie de televisión que, junto a su esposa, Rose, lo tuvo como protagonista, *Libertad de elegir*, así como el libro publicado bajo ese mismo nombre, lo pusieron en una situación privilegiada. Su palabra era tomada en cuenta cuando se tocaban temas de controversia, como el servicio militar obligatorio, los debates de inmigración, la legalización de las drogas, etc. Además de su versación en campos que analizaba, corresponde resaltar su sentido del humor. Para demasiadas personas, los debates deben ser acontecimientos que lleven el infaltable signo de la solemnidad. En este sentido, al propugnar o refutar cualquier

---

<sup>13</sup>Al prologar la edición de 1976, Hayek expresa que, si bien, en principio, le causaba molestia su inmediata asociación con *Camino de servidumbre*, dejándose en un segundo plano al resto de su trabajo científico, su opinión cambió posteriormente. Pasa que, con el paso del tiempo, quedó claro que sus observaciones y advertencias no eran para nada infundadas.

clase de idea, se espera que todo esto sea acompañado por miradas adustas, tonos profesoriales, sin esbozar sonrisas ni apartarse del esquema lógico. Lo cierto es que las reflexiones no son incompatibles con la risa. Friedman lo demostró en varias oportunidades. Una de sus más conocidas humoradas decía que, si el Gobierno se hacía cargo del desierto del Sahara, habría escasez de arena en cinco años. Esto no significa la reivindicación del extremo, a saber: convertir las discusiones en certámenes que buscan la respuesta más ocurrente, chistosa u ofensiva. La inteligencia posibilita que encontremos un justo medio.

Pero el uso de la palabra con fines combativos no ha sido explotado sólo para dicha del liberalismo, como cuando evocamos a Hayek y Friedman. Hay dos muestras, entre otras, bastante significativas de quienes, en términos ideológicos, defienden una postura crítica al respecto. Me refiero, para comenzar, a Joseph Eugene Stiglitz, economista que fue galardonado con el Nobel en 2001. En este caso, valiéndose del prestigio que le dio tal reconocimiento, otorgado gracias a sus aportes a la teoría de la información asimétrica, ha tomado diversos escenarios del mundo para cuestionar a la globalización.<sup>14</sup> Además, siendo tributario del keynesianismo, ha criticado medidas que se han aplicado en aras de una mayor libertad económica. Acentúo que, a diferencia de otros galardonados, él se ha

---

<sup>14</sup>Una de sus obras más conocidas, fuera del campo académico, es *El malestar en la globalización* (Buenos Aires: Taurus, 2002). De manera categórica, pese a lo discutible del aserto, escribe allí: «El descontento con la globalización no surge sólo de la aparente primacía de la economía sobre todo lo demás, sino del predominio de una visión concreta de la economía –el fundamentalismo de mercado– sobre todas las demás visiones» (p. 307).

---

ocupado de Latinoamérica, aunque con objeciones que no suelen distinguirse por la sensatez. Durante los últimos años, Stiglitz se ha concentrado en denunciar la existencia de un problema que, para él, no sería sino fundamental: la desigualdad. A propósito, ha sido ésta una idea de gran impacto, siendo muy bien explotada por un detractor de la economía de mercado: Thomas Piketty. Ciertamente, con su *El capital en el siglo XXI* y, más aún, *La economía de las desigualdades*, dicho autor cree haber descubierto la piedra filosofal para entender nuestra problemática.<sup>15</sup> Nunca será inútil acentuar que el principal problema que se plantea no es la desigualdad, sino su origen ilegítimo, es decir, injusto. Lo criticable es que, para este tipo de individuos, toda desigualdad fundada en el capitalismo sería ilegítima. Poco se dice sobre lo catastrófico que resulta el encumbramiento, siempre teórico, del igualitarismo. No digo que, con gran júbilo, reivindiquen lo expuesto en el *Manifiesto del Partido Comunista*. Las atrocidades y absurdos económicos fueron tan evidentes en el siglo XX que su negación u omisión son demasiado ineludibles si se aspira a ser alguien más o menos informado. No obstante, prefieren cargar tinta contra el único sistema que, pese a maldiciones y pronósticos apocalípticos, no sólo que se ha mantenido vigente, sino que también contribuyó al mejoramiento de nuestra realidad.

---

<sup>15</sup>En una reciente obra, *Capital e ideología*, Piketty mantiene su línea crítica. En esta ocasión, se agradece su reivindicación de las ideas, puesto que nos distancia del economismo; sin embargo, la valoración del mundo teórico no asegura que las opiniones lanzadas conforme a esa lógica sean atinadas. Así, por mucho esfuerzo reflexivo que hubiesen demandado, hay descripciones, explicaciones o, en general, precisiones conceptuales con las cuales no se puede sino estar en franco desacuerdo.

El otro ejemplo de un economista comprometido y crítico del capitalismo, en suma, se da gracias a Paul Robin Krugman. Distinguido con el Nobel en 2008, ha usado su columna de opinión, publicada por *The New York Times*, para pronunciarse sobre diferentes asuntos con trascendencia política. En su momento, por ejemplo, asumió una posición militante, rechazando la reelección de George W. Bush, dedicando todo un libro al respecto, *El gran engaño*, volumen que fue publicado en 2003. Mas sus observaciones en favor de medidas keynesianas, las cuales procuran estimular la economía con recursos públicos, entre otros elementos, han rebasado las fronteras de los Estados Unidos. En efecto, el mundo no le ha resultado indiferente para su ejercicio de la razón crítica. En los últimos tiempos, verbigracia, se ocupó de la crisis argentina. Así, en redes sociales, responsabilizó al Gobierno de Macri del severo problema que vive su país. Censuró su endeudamiento; además, aprovechó para el lanzamiento de dardos en contra del Fondo Monetario Internacional. Vale la pena destacar que sus cuestionamientos tienen un acento especial cuando se dirige contra quienes no le resultan simpáticos, dejando de lado cualquier indulgencia; no pasa lo mismo con gente como Barack Obama, cuyos despropósitos nunca fueron objeto de sus despiadados y categóricos ataques.

No se podría terminar esta reflexión sin un matiz indiscutiblemente necesario. Sucede que, aunque un intelectual –sea este literato, filósofo o economista, entre otros oficios– tenga gran estima por sus ideas, pueden resultar del todo insignificantes para el prójimo. Es que, aunque, como pasó con Schopenhauer o Nietzsche, estemos convencidos de cuán favorables para la humanidad entera serían nuestras meditaciones, a veces, su influencia puede ser nula. No es normal, por ejemplo, que un

---

grupo de académicos sea invitado a concretar programas para transformar un país.<sup>16</sup> Se dio en Chile, como es sabido, con los célebres *Chicago Boys*; empero, es un suceso que sobresale por su rareza.<sup>17</sup> En general, desde el poder político, a los hombres de ideas se les aprecia por otros aspectos. Kissinger, por ejemplo, destacaba otro fin: «Lo que el político quiere del intelectual no son ideas sino apoyo».<sup>18</sup> Pese a ello, desde mi perspectiva, nada se puede reprochar al que procede con la esperanza de ser escuchado. Más aún, su posicionamiento debe considerarse meritorio, ya que denota un interés cívico, una convicción susceptible de ser explotada en debates concebidos para resolver problemas sociales. Al final, hayan sido o no galardonados con el Nobel, son ciudadanos; como tales, tienen derecho a plantear ideas que nos ayuden a convivir. Yo estimo que, en rigor, todos deberíamos de preocuparnos al respecto,

abandonando apatías, tibiezas y demás actitudes reprochables. A veces, no debemos pensar tanto en los errores como reflexionar sobre la pasividad, que puede estar disfrazada de conformismo, cuando buscamos explicarnos nuestro malestar.

---

<sup>16</sup>Sin la intervención de quien ejerce el poder, desde luego, todo puede quedar en especulación e hipótesis. Es que las teorías económicas, tal como lo explica don Luis Pazos, «independientemente de lo que opinen los estudiosos sobre su bondad o inutilidad, solo si las adoptan los legisladores o gobernantes de un país para convertirlas en leyes que guíen la actividad económica, para bien o para mal», son políticas económicas (*Políticas económicas* [México: Diana, 2014], p. 11).

<sup>17</sup>Para tomar conocimiento de cómo se llevó adelante esa gesta, pero desde el punto de vista de un técnico, Hernán Büchi Buc, puede leerse su libro *La transformación económica de Chile: Del estatismo a la libertad económica* (Bogotá: Norma, 1993).

<sup>18</sup>La cita es efectuada por Juan José Sebreli cuando, con su habitual maestría, critica aquella creencia según la cual los gobernantes pueden ser influidos, de modo decisivo, por intelectuales que estuvieran a su lado (*El malestar de la política* [Buenos Aires: Sudamericana, 2012], pp. 57-58).